

## ACTO II.

### ESCENA PRIMERA.

Una sala de la casa de Angel.

*Salen* ANGEL, ÉSCALO, un JUEZ, el ALCAIDE,  
ALGUACILES y acompañamiento.

ANG. No hagamos de la ley un espantajo  
Para ahuyentar las aves de rapiña,  
Dejándola en la misma forma inmóvil,  
Hasta que la costumbre la haga percha,  
No terror de malvados.

Esc. Bien; con todo,  
Seamos cautos; procuremos ántes  
Cortar un poco que aplastar matando.  
¡Ay! ¡este mozo, á quien salvar quisiera,  
Honrado padre tuvo! Ilustre conde,  
Piensa y medita un rato (aunque te juzgo  
Severo por extremo en tus costumbres)  
Si estando tus pasiones excitadas,  
Propicios la hora y sitio á tu deseo,  
Bastando el firme impulso de tu sangre  
A conseguir el fin de tu designio,  
¿No hubiera sido fácil que en tu vida,  
Alguna vez erraras de esa suerte,  
Que en él censuras tanto, y te expusieras

Al fallo de la ley?

ANG. El ser tentado,  
 Escalo, es una cosa; el caer, otra.  
 No niego que tal vez pudiera hallarse  
 Entre los doce miembros del jurado,  
 Llamados á fallar sobre la vida  
 Del procesado, algun ladron ó varios  
 Aún más culpables que él á quien sentencian.  
 La ley castiga á quien la ley convence.  
 ¿Qué importa á la justicia que ladrones  
 Sentencien á ladrones? Cosa es llana:  
 La joya que encontramos, la cogemos,  
 Porque la vemos; la que no se advierte,  
 Se pisa y huella, y nadie piensa en ella.  
 Atenuar no puedes su pecado  
 Diciendo que pequé del mismo modo:  
 Dime, más bien, que cuando yo faltare  
 Del mismo modo que él á quien censuro,  
 Dicte mi propio fallo á mí la muerte,  
 Y no haya remision. Que muera es fuerza.

Esc. Sea cual tu cordura lo disponga.

ANG. ¿En dónde está el alcaide?

Alc. Aquí, Vuecencia.

ANG. Cuida de que á las nueve esté mañana  
 Claudio decapitado; no le falte  
 Su confesor; que se prepare luégo,  
 Pues ese el fin será de su jornada. (Vase el Alcaide.)

Esc. (Aparte.) ¡Perdónale, señor, perdona á todos!  
 Al uno ensalza el vicio; en ruina y lodos  
 Despeña al otro la virtud. Algunos,  
 Corriendo mil peligros importunos,  
 En salvo quedan, y á otros, ¡fiera suerte!  
 Un yerro solo les condena á muerte.

*Salen CODO y ALGUACILES con ESPUMA y POMPEYO.*

CODO. Venid, traedlos acá; si fueren éstos buenos  
 individuos de la república, estos que no hacen

más que cometer abusos en casas públicas, no entiendo nada de leyes. Traedlos acá.

ANG. ¿Qué hay, amigo? ¿Cómo te llamas, y qué sucede?

CODO. Con permiso de vuesamerced, soy alguacil del *pobre* duque, y me llamo Codo. Me apoyo en la justicia, señor, y traigo aquí, para someterlos á tu severa justicia, á dos *bienhechores* notorios.

ANG. ¿Bienhechores? ¿Y qué clase de bienhechores son? Malhechores querrás decir.

CODO. Con permiso de vuesamerced, no sé precisamente lo que son; pero me consta que son bellacos redomados, y sin un átomo de *profanacion* en el cuerpo, que es cosa que no le debe faltar á un buen cristiano.

Esc. Bien dicho, á fe: hé aquí un alguacil inteligente.

ANG. Vamos, al grano. ¿Qué clase de gente es? ¿Conque te llamas Codo? ¿Por qué no hablas, Codo?

POM. No puede, señor. Tiene rotos los codos.

ANG. ¿Quién eres tú, amigo?

CODO. ¿Ese? Un mozo de taberna, medio alcahuate, que sirve á una mala mujer; cuya casa acaba de ser derribada en los arrabales, y ahora ha puesto una casa de baños, la que, segun pienso, debe ser una casa bastante mala.

Esc. ¿Cómo sabes eso?

CODO. Mi mujer, á quien *detesto*, como se lo juro á vuesamerced y á Dios...

Esc. ¿Cómo! ¡á tu mujer?

CODO. Sí, señor, mi mujer, quien, Dios sea loado, es mujer de bien...

Esc. ¿Y por eso la detestas?

CODO. Digo, señor, que yo por mi parte *detesto*, lo mismo que ella, que si esta casa no fuera casa de trato, lástima seria, pues es una casa perversa.

Esc. ¿Cómo sabes eso, alguacil?

Codo. Por mi mujer, señor; quien, á haber sido una mujer de inclinaciones carnales, hubiera podido ser *condenada* en dicha casa á toda suerte de fornicacion, adulterio y torpeza.

Esc. ¿Por los ardides de esa mujer?

Codo. Sí, señor, por los ardides de la dueña Por-demás. Pero como ella le escupió en la cara, ya comprendió él con quien se las habia.

Pom. Perdóneme vuesamerced, pero eso no es cierto.

Codo. Pruébalo delante de estos *pícaros*, tú, *hombre honrado*; pruébalo.

Esc. ¿No ois qué modo de disparatar?

Pom. Señor, ella entró en la casa, y estando embarazada, se la hubo de antojar (sea dicho con perdon de vuesamerced) unas ciruelas cocidas; no teníamos más que dos en casa, las cuales se hallaban en aquel entónces, como si dijéramos, en un plato frutero, un plato de tres maravedises ó cosa así; vuesamerced habrá visto tales platos; no son platos de la china, pero son platos muy buenos.

Esc. Adelante, adelante: ¿qué nos importa el plato?

Pom. Ni un bledo, señor, teneis razon en eso. Vamos ahora al grano. Digo, pues, que la mujer de Codo, estando como dije, embarazada; y bastante adelantada en su estado de preñez, y habiéndosele antojado las ciruelas, como ántes dije; y no habiendo más que dos en el plato, como acabo de decir, habiéndose comido las demas, como queda dicho, el hidalgo Espuma, que es este mismo que está presente, habiéndolas pagado, dicho se está, muy honradamente... pues ya os acordareis, hidalgo Espuma, que no os pude devolver las tres blancas.

Esp. Es muy cierto.

Pom. Perfectamente... ¿No lo veis? Estando vos entónces, si bien os acordais, partiendo los huesos de las susodichas ciruelas.

Esp. Es verdad, eso hacia.

Pom. Perfectamente. ¿No lo veis? Y yo os estaba contando precisamente, si bien os acordais, que aquel y el de más allá no se curarian de cierta enfermedad que vos conoceis, si no observaran un sistema de vida muy riguroso, como os dije...

Esp. Todo eso es muy cierto.

Pom. ¡Pues! ¿No lo veis?

Esp. ¡Qué pesado es! Al grano. ¿Qué se le hizo á la mujer de Codo para que tenga motivo de queja? Vengamos á lo que se le hizo.

Pom. Vuesamerced no puede venir á eso aún.

Esp. Ni es eso lo que quiero decir.

Pom. Pero vendremos á eso, con permiso de vuesamerced. Ahora os suplico que mireis bien la cara del hidalgo Espuma; hombre que tiene sus cuatrocientos escudos de renta anuales, cuyo padre se murió por el día de Todos los Santos. ¿No fué por Todos los Santos?

Esp. No, sino la vispera.

Pom. ¿No lo veis? Me parece que estas son verdades. Estando él sentado en una silla baja... fué en la sala del racimo de uvas, donde os gusta tanto sentaros. ¿No es cierto?

Esp. Sí tal, es espaciosa y propia para el invierno.

Pom. ¿Pues no lo estais viendo? Me parece que estas son verdades.

Ang. No acabará ni en una noche en Rusia

Cuando más largas son allí las noches.

Me voy. Indaga, apura tú esta causa;

Y espero que la tengas suficiente

Para darles á todos una zurra.

Esp. Así lo espero. El cielo te acompañe.

(Váse Angel.)

Conque sepamos una vez más, qué se le hizo á la mujer de Codo.

Pom. ¿Una vez, hidalgo? No se le hizo una vez.

Codo. Os suplico, señor, que le preguntéis qué hizo este gentilhombre á mi mujer.

Pom. Suplico á vuesamerced que me lo pregunte.

Esc. Conque di: ¿qué le hizo este gentilhombre?

Pom. Os ruego que mireis bien el rostro de este caballero. Buen hidalgo Espuma, encaraos con el señor, es con buen fin. ¿Ve vuesamerced esa cara?

Esc. Sí, muy bien.

Pom. No, os ruego que la mireis bien.

Esc. Ya la miro.

Pom. ¿Ve vuesamerced algo malo en esa cara?

Esc. Nada.

Pom. Pues oso jurar ante un tribunal que su cara es lo peor que tiene. Pues bien, siendo su cara lo peor que tiene, ¿cómo es posible que el hidalgo Espuma haya podido hacer nada malo á la mujer del señor alguacil? A eso quiero que me conteste vuesamerced.

Esc. Tiene razon. ¿Qué contestas, alguacil?

Codo. En primer lugar, si os place, señor, la casa es una casa *respetuosa*; luego este hombre es un hombre *respetuoso*, y su ama es una mujer *respetuosa*.

Pom. Por esta mano os juro, hidalgo, que su mujer es persona mucho más *respetuosa* que ninguno de nosotros.

Codo. ¡Mientes, tunante! ¡mientes, pícaro bellaco! Aún no llegó el día en que se *respetase* lo más mínimo de ella, con hombre, mujer ó niño.

Pom. Hidalgo, se *respetó* de ella que tuviese algo con él ántes de casarse los dos.

Esc. ¿Cuál es aquí la más sesuda? ¿la justicia ó la iniquidad?—¿Es cierto eso?

Cobo. ¡Oh pícaro! ¡oh villano! ¡oh pérfido Anibal! *Respetarse* de ella ántes de casarse conmigo? Si *respetaron* alguna vez de ella ó de mí, no me tenga vuesamerced por alguacil del *pobre* duque. Pruébalo, pérfido Anibal, ó te pondré pleito por *violencia*.

Esc. Y si te diera una bofetada, podrias tambien ponerle pleito por *calumnia é injuria*.

Cobo. A fe que se lo agradezco á vuesamerced. ¿Qué quiere vuesamerced que haga con este pícaro bellaco?

Esc. Opino, señor alguacil, que, ya que tieneciertas malas mañas, que tú bien quisieras averiguar, si pudieres, lo mejor será que le dejes continuar en su modo de vivir, hasta que averigües cuáles sean esas mañas.

Cobo. A fe que se lo agradezco á vuesamerced. ¿Lo ves, pícaro bellaco? ¿ves á lo que has venido á parar? Tienes que *continuar*, gran pícaro; tienes que *continuar*. ¿Lo oyes?

Esc. ¿Dónde nacisteis, amigo?

Esp. Aquí en Viena, señor.

Esc. ¿Es cierto que teneis cuatrocientos escudos de renta?

Esp. Cierto, si os place, hidalgo.

Esc. Bien. ¿Qué oficio tienes tú?

Pom. Soy mozo de taberna; mozo de taberna de una pobreviuda.

Esc. ¿Que se llama?

Pom. La Dueña Pordemás.

Esc. ¿Ha tenido acaso más de un marido?

Pom. Nueve, señor: el último fué Pordemás.

Esc. ¡Conque nueve!—Venid acá, hidalgo Espuma.—Hidalgo Espuma, no quisiera que frecuentarais la compañía de mozos de taberna. ¿Lo ois? Ellos os chuparán la sangre, hidalgo Espuma, y vos los llevareis á la horca. Idos con Dios, y que no vuelva á tener noticias vuestras.

Esp. Doy á vuesamerced las gracias. Por mi parte sé decir que no entré una sola vez en una taberna que no me chupasen.

Esc. Bien está, hidalgo Espuma. Dios os guarde. (Váse Espuma.) Ven acá, señor mozo, ven acá. ¿Cómo te llamas, señor mozo?

Pom. Pompeyo.

Esc. ¿Y qué más?

Pom. Posaderas, señor.

Esc. Y á fe que tus posaderas son la parte más grande de tu persona; de suerte que tomándolo en el sentido más vulgar y grosero, eres Pompeyo el Grande. Pompeyo, veo que, por más que lo quieras encubrir con el oficio de mozo de taberna, tienes tus puntos y ribetes de alcahuete. ¿No es cierto? Dime la verdad, te tendrá más cuenta.

Pom. A decir verdad, hidalgo, soy un pobre diablo que trata de buscarse la vida.

Esc. ¿Y cómo tratas de buscarte la vida? ¿siendo alcahuete? ¿Y qué te parece el oficio, Pompeyo? ¿Te parece oficio decente y tolerado por la ley?

Pom. Si la ley no lo prohíbe, señor...

Esc. Pero es el caso que la ley lo prohíbe, Pompeyo; y no será tolerado en Viena.

Pom. ¿Piensa vuesamerced capar y deslomar á todos los mezos de esta ciudad?

Esc. Nada de eso, Pompeyo.

Pom. Pues entónces, á fe, señor, no habrá medio de que se acabe eso. Si vuesamerced lograra contener á todas las mezas y mezos livianos, no tendríais nada que temer de los alcahuetes.

Esc. ¡Lindo reglamento es el que se va á inaugurar pronto, te lo aseguro! Nada ménos que horca y cuchillo.

Pom. Pues si ahorcais y degollais á todos los que ofendan de esa suerte, no más que por espacio de diez años, ya podeis ir encargando una

buena remesa de cabezas. Si rigiese esta ley tan sólo por espacio de diez años en Viena, me atrevería á arrendar la mejor casa que hay en ella por tres maravedises diarios. Si vivierais hasta que eso suceda, decid que Pompeyo os lo pronosticó.

Esc. Gracias, buen Pompeyo; y en pago de tu profecía, escucha: te aconsejo (¿me entiendes?) que no te vuelva á ver en mi presencia, sea por lo que fuere; no, ni áun por seguir viviendo en donde actualmente vives; si nos volvemos á ver, Pompeyo, mira que te haré retirar más que de prisa á tu tienda, y seré para ti un César riguroso. Hablando claro, Pompeyo, te mandaré azotar. Conque por esta vez, véte con Dios, Pompeyo.

Pom. Agradezco á vuesamerced sus buenos consejos; (Aparte.) pero en cuanto á seguirlos, eso será lo que dispongan la sangre y la fortuna.

¿Pegarme á mí? eso no:

Pegue el zagal á su burra;

¿Cuándo un hombre como yo

Dejó, por miedo á una zurra,

El oficio en que nació? (Vase.)

Esc. Ven acá, señor Codo; ven acá, señor alguacil. ¿Cuánto tiempo llevas en el empleo de alguacil?

Codo. Siete años y medio, señor.

Esc. Me figuré, al ver tu destreza en el oficio, que hacia algun tiempo que lo desempeñabas.

¿Dices que hace ya siete años?

Codo. Y medio, señor.

Esc. Sin duda te causará grandes molestias. Es una injusticia obligarte á prestar este servicio tan á menudo. ¿No hay otros hombres capaces de desempeñarlo en tu parroquia?

Codo. A fe, señor, son pocos los que entienden de estas cosas. Cuando nos eligen, se dan por

muy satisfechos con elegirme á mí en su lugar. Yo lo hago por unos cuantos maravedises, y me encargo del oficio por todos.

Esc. Mira, procúrame los nombres de seis ó siete de las personas más capaces de tu parroquia.

CODO. ¿He de llevarlos á casa de vuesamerced?

Esc. A mi casa. (Vase Codo.) ¿Qué hora será?

JUEZ. Las once, señor.

Esc. Os convido á comer conmigo.

JUEZ. Os doy humildes gracias.

Esc. Pena me da la muerte de ese Claudio;  
Mas no hay remedio.

JUEZ. El conde es muy severo.

Esc. Y es menester. Deja de ser clemencia

La que se muestra tal á todas horas;

Y madre es el perdon de nueva culpa.

Y sin embargo... ¡ay! ¡desdichado Claudio!

Ya no hay remedio.—Hidalgo, cuando os plazca.

(Váanse.)

## ESCENA II.

Otro aposento del mismo palacio.

*Salen el ALCAIDE y un CRIADO.*

CRIA. Dando una audiencia está. Vendrá muy  
[pronto;

Diré que estais aquí.

ALC. Hazlo, te ruego.

(Vase el criado.)

Sabré cuál es su gusto: por ventura  
Se mostrará más blando. Al fin, el pobre

Soló pecó como quien peca en sueños.

Todas las sectas, las edades todas

Incurren en tal vicio; y á él la vida

Le ha de costar.

*Sale* ANGEL.

ANG. ¿Qué ocurre, pues, alcaide?

ALC. ¿Ordenas que mañana muera Claudio?

ANG. ¿No te dije que sí? ¿No tienes orden?

¿A qué preguntas otra vez?

ALC. Temia

Precipitarme mucho. He visto casos

En que (señor, perdona mi osadía)

Cumplida la sentencia, la justicia

Tuvo que arrepentirse de su fallo.

ANG. ¡Eh! basta ya: que corra de mi cuenta.

Cumple con tu deber, ó deja el puesto;

Podré pasar sin ti.

ALC. Perdon te pido.

¿Qué hemos de hacer con la doliente Julia?

Se acerca su hora.

ANG. Llévenla á un paraje

Más conveniente; y hágase al momento.

*Sale el* CRIADO.

CRIA. Aquí la hermana está del sentenciado,  
Señor, y os pide audiencia.

ANG. ¿Tiene hermana?

ALC. Sí tal, señor; doncella muy virtuosa;

Y á punto está de entrar en un convento,

Si no lo ha hecho ya.

ANG. Bien, que la admitan.

(Váse el criado.)

Que lleven á otra parte á la preñada,

Y que la den los medios necesarios;

Nada supérfluo. Haré que extiendan orden.

*Salen* ISABEL y LUCIO.

ALC. Dios guarde á tu Excelencia.

ANG. (Al Alcaide.)

Espera un rato.

(A Isabel.) Seas muy bien venida. ¿Qué deseas?

ISAB. De pena henchida á pretender acudo,  
Y ruego á tu Excelencia que me escuche.

ANG. ¿Cuál es tu petición?

ISAB. Hay cierto vicio  
Que sobre todos odio y ver deseo  
Punido por la ley más que otro alguno.  
Interceder por él jamás osara,  
Si mi deber no fuera, y él me dice  
Que interceder no debo; pero lucho  
Entre querer y no querer.

ANG. Al grano.

ISAB. Tengo un hermano condenado á muerte:  
Muera su culpa, por favor te ruego,  
Y no mi hermano.

ALC. (Aparte.) ¡Dios te dé elocuencia!

ANG. ¡Qué! ¿Condenar la culpa y no al culpable?  
Antes de cometerse, toda culpa  
Ya condenada está. Farsa sería  
Mi cargo si la ofensa castigase,  
Cuyo castigo el código prescribe,  
Y al ofensor en libertad dejara.

ISAB. Ley justa, mas severa. ¡Ay triste! Entónces,  
Tuve un hermano!—El cielo te proteja.

LUCIO. (Aparte á Isab.) No le dejes así; torna á rogarle:  
Póstrate ante él, agárrale del sayo.  
¿Tan fria estás? Si un alfiler pidieras,  
No suplicaras con tan mansa lengua.  
¡Animo! á él.

ISAB. ¿Y es menester que muera?

ANG. Doncella, no hay remedio.

ISAB. ¡Ay! sí. Me dice  
El alma que pudieras perdonarle  
Sin ofender al cielo ni á los hombres.

ANG. No quiero.

ISAB. Y si quisieras ¿no podrias?

ANG. Lo que no quiero hacer, hacer no puedo.

ISAB. ¿Mas no pudiera hacerlo tu clemencia,

Sin ofender al mundo, si embargase  
Tu pecho la emocion que siente el mio?

ANG. Fué sentenciado; es tarde.

LUCIO. (Aparte á Isabel.) Eres de mármol.

ISAB. ¿Tarde? No tal. Si digo una palabra,  
Bien puedo retirarla. Ten por cierto:  
De cuantos atributos revestirse  
Suele el poder, ninguno, ni la régia  
Corona del monarca, ni la espada  
Del delegado, ni el baston de mando  
Del mariscal, no, ni del juez la toga,  
Le presta la mitad del claro brillo  
Que la clemencia. Si él hubiese estado  
En tu lugar, y tú en el suyo, conde,  
Como el errado hubieras, y él tan duro  
No fuera como tú.

ANG. Véte, te ruego.

ISAB. Pluguiera á Dios que tu poder tuviese,  
Y fueras tú Isabel. ¿Pasara esto?  
No; qué es ser juez veria el mundo entónces,  
Y qué ser preso.

LUCIO. (Ap. á Isabel.) Así; bien vas; no cejes.

ANG. Tu hermano es presa de la ley; en vano  
Derrochas tus palabras.

ISAB. Fueron presa  
Las almas todas del pecado un dia;  
Y Aquel que fácil castigarlas pudo,  
Buscó el remedio. Dí: ¿de ti qué fuera,  
Si Aquel que es de justicia excelsa cumbre,  
Cómo eres te juzgase? ¡Oh! piensa en ello,  
Y alentará en tus labios la clemencia  
Cual sér recién nacido.

ANG. Calma, jóven.  
No yo, la ley es quien condena á Claudio.  
Si fuera deudo, hermano ó hijo mio,  
La misma suerte, á fe, le esperaria.  
Mañana ha de morir.

ISAB. ¿Mañana mismo?

¡Tan pronto? ¡Oh, Dios! Perdónale, te ruego.  
 Aún no está preparado para su hora.  
 Si para nuestras mesas no matamos  
 La caza sino á tiempo, ¡serviremos  
 Al cielo mismo con menor respeto  
 Que aquel con que halagamos nuestra gula?

LUCIO. ¡Bien dicho, á fe! (Aparte á Isabel.)

ANG. La ley no estaba muerta,  
 Si bien dormida: nunca aquellos muchos  
 Se hubieran atrevido á tal pecado,  
 Si el que infringió primero aquel edicto  
 Su error pagado hubiese. Ya despierta,  
 Observa lo que pasa, y cual profeta  
 Ve en un espejo los futuros males;  
 Ya nuevos, ya engendrados por descuido,  
 Dados á luz y fomentados luego,  
 Que no han de desplegarse ya por grados,  
 Sino al nacer, morir.

ISAB. Lástima tenle.

ANG. La tengo más cuando obro con justicia:  
 Me apiado así de los que no conozco,  
 A quienes hostigar pudiera luego  
 El perdonado crimen; siendo justo  
 Con él tambien, que al expiar un crimen  
 No vive para ser dos veces reo.

Basta; mañana ha de morir. ¡Paciencia!

ISAB. ¡Conque el primero en pronunciar tal fallo  
 Has de ser tú, y él, en sufrirlo? ¡Oh! es noble  
 Tener la fuerza de un gigante; usarla  
 Como un gigante es pérfido.

LUCIO. (Ap. á Isab.) ¡Bien dicho!

ISAB. Si retronar pudiesen los magnates  
 Cual Jove mismo, á Jove acordarian;  
 Pues todo despreciable empléadillo  
 Para tronar su Olimpo emplearia,  
 Para tronar no más! Piadoso cielo,  
 Tú con sulfúreo, agudo rayo hiendes  
 Nudoso roble que no mellan cuñas,



ISAB. Verás cuál te soborno. Oh conde mio,  
Torna y escucha.

ANG. ¡Cómo! ¿Sobornarme?

ISAB. Sí, mas con santos dones que contigo  
Querrá partir el cielo.

LUCIO. (Aparte á Isabel.) De otra suerte,  
Fuera perderlo todo.

ISAB. No con vanos  
Montones de oro puro, no con piedras  
Cuyo valor aumenta ó disminuye  
Segun la instable moda los estima,  
Sino con ruegos castos que á los cielos  
Subiendo, en ellos lograrán entrada  
Antes que salga el sol; ruegos fervientes  
De almas puras, de vírgenes que ayunan,  
Y á nada temporal la mente inclinan.

ANG. Bien; vuelve acá mañana.

LUCIO. (Aparte á Isabel.) Ven, partamos:  
Lo lograrás.

ISAB. Que Dios te guarde, conde.

ANG. (Ap.) ¡Amén! pues temo que ando ya camino  
De aquella tentacion que el rezo cruza.

ISAB. Mañana ¿á qué hora me pondré á tus plantas?

ANG. Siendo ántes de las doce, á cualquier hora.

ISAB. Guárdete Dios. (Váanse Isabel, Lucio y el Alcaide.)

ANG. De ti, virtuosa y todo.

¿Qué es esto? ¿qué es? ¿Es culpa suya ó mia?

¿Quién peca más aqui? ¿la tentadora,

O el sér tentado? ¡Ah no, no es ella! pura,

Ni seduce siquiera. Soy yo mismo

Que al sol tendido junto á la violeta,

Cual mosca yil, no cual la flor, me pudro

En su virtuoso ambiente. ¿Y es posible

Que la modestia excite el apetito

Más que la liviandad? Sobrando tierra

Inculto, ¿arrasaremos templos santos

Para fundar el vicio en sus escombros?

¡Baldon! ¡vergüenza! ¿Qué haces, Angel, qué eres?

¡Perderla quieres por aquello mismo  
 Que más la ensalza? ¡Oh, viva, pues, su hermano!  
 Para robar tiene el ladrón derecho  
 Cuando el juez mismo roba. ¿Es que la adoro,  
 Que anhelo oír de nuevo su palabra,  
 Gozarme en su mirada? ¿Qué deliro?  
 ¡Oh pérfido enemigo, tú que infame  
 Para gozar á un santo astuto cebas  
 Con santos el anzuelo! ¡Es peligrosa  
 La tentación que al crimen nos aguija,  
 Amando la virtud! Ramera alguna  
 Con todo su vigor, belleza y arte,  
 Logró hechizarme nunca; y esta virgen  
 Tan casta me subyuga por completo.  
 Hasta hoy ¿cómo es posible, me decía,  
 Que ame tan loco el hombre? y me reía. (Váase.)

### ESCENA III.

Interior de una cárcel.

*Salen por distintos lados el DUQUE disfrazado de fraile y el ALCAIDE.*

DUQUE. ¡Alcaide, salve! que eres tal colijo.

ALC. Soy el alcaide. ¿Padre, qué desea?

DUQUE. Por caridad y fiel á mi órden sacra,

Acudo á visitar los desdichados

En esta cárcel. Deja que los vea,

Segun es uso, y la índole refiere

De sus delitos, para que en su auxilio

Pueda cumplir mi santo ministerio.

ALC. Si hiciera falta más, aún más haría.

*Sale JULIETA.*

Mira, aquí viene cierta dama nuestra,

Quien, de su corta edad víctima siendo,

Amancilló su fama. Está con hijo,

Y sentenciado el padre, que es un mozo

Más apto á repetir la misma ofensa  
Que á sucumbir por ésta.

DUQUE. Dime: ¿cuándo  
Debe morir?

ALC. Mañana, segun creo.

(A Julia.) Todo provisto queda; aguarda un poco;  
Luego te sacarán.

DUQUE. Di: ¿te arrepientes,  
Hermosa, de la falta en que incurriste?

JUL. Sí, y con paciencia mi deshonra llevo.

DUQUE. Quiero enseñarte á hacer prolijo exámen  
De tu conciencia, á averiguar si es firme,  
Si es verdadero tu arrepentimiento,  
O si es fingido.

JUL. Aprenderé gustosa.

DUQUE. ¿Amas al hombre que causó tu ruina?

JUL. Como amo á aquella que causó la suya.

DUQUE. Parece, pues, que de comun acuerdo  
Pecasteis ambos.

JUL. De comun acuerdo.

DUQUE. Tu falta es, pues, más grave que la suya.

JUL. Sí, lo confieso, y me arrepiento, padre.

DUQUE. Bien, hija; empero es penitencia escasa  
Llorar tu falta sólo por la afrenta  
En que te pone: pena semejante,  
Más que una ofrenda al cielo, es un tributo  
Que rindes á ti misma, y prueba claro  
Que más por miedo que fervor le sirves.

JUL. Del crimen me arrepiento por ser crimen,  
Y gozo en mi vergüenza.

DUQUE. ¡Firme en eso!

Tu compañero ha de morir mañana,

Segun entiendo. Voy á darle auxilio.

La bendicion del cielo te acompañe. (Vase.)

JUL. ¡Morir mañana! ¡Oh injusto amor, qué vida  
Cruel me das cuyo único consuelo  
Es un horror mortal!

ALC. ¡Ay! ¡pobre Claudio! (Vánse.)

## ESCENA IV.

Una sala de la casa de Angel.

*Sale* ANGEL.

ANG. Si pienso ó rezo, rezo y pensamiento  
 Se fijan en objetos diferentes.  
 Al cielo ofrezco mis palabras huecas,  
 Mas mi intencion, sin atender al labio,  
 Se clava en Isabel. Dios en la boca;  
 Pero es cual si rumiase su alto nombre.  
 Dentro del corazon, en cambio, crece  
 Y bulle el crimen que mi mente trama.  
 El bien comun, mi estudio en otro tiempo,  
 Es como un libro bueno harto leído:  
 Me inspira tedio y odio; mi cordura,  
 De que (no lo oiga nadie) me envanezco,  
 Trocara con ventaja por liviana  
 Pluma que el viento mece. ¡Oh, cargo! ¡Oh,  
 [forma!

Cuán á menudo con tu aspecto y brillo  
 Respeto al necio infundes, y alucinas  
 Al sabio con tu externa y falsa pompa.  
 Sangre, eres sangre siempre: si en los cuernos  
 De Satanás «buen ángel» se grabara,  
 No fueran ya su timbre.

*Sale un* CRIADO.

¡Qué hay? ¡quién llega?

CRIA. Cierta monja, Isabel, y audiencia pide.

ANG. Guiala á mi presencia. (Váse el criado.)

¡Oh, santos cielos!

¡Por qué mi sangre al corazon se agolpa  
 Haciéndole incapaz de dominarse,  
 Y arrebatando á mis demas potencias

La necesaria calma? Así se apiña  
 En torno al desmayado necia turba;  
 Van á salvarle todos, y le roban  
 El aire que debiera restaurario.  
 Y así de un rey querido el pueblo ansioso,  
 Dejando sus talleres, á obsequiarle  
 Acude á su presencia, do su inculto  
 Amor, por fuerza, agravio le parece.

*Sale ISABEL.*

¿Qué traes, hermosa jóven?

ISAB. Vengo, conde,  
 A oír cuál es tu gusto.

ANG. El mio fuera,  
 Que lo supieras ya, sin preguntarme.  
 Tu hermano ha de morir.

ISAB. ¿Conque es forzoso?  
 Que Dios te guardé, conde.

ANG. Sin embargo,  
 Aún pudiera vivir por algun tiempo,  
 Tanto, tal vez, cual tú, ó yo; no obstante,  
 Que muera es fuerza.

ISAB. ¿Bajo tu sentencia?

ANG. Sí.

ISAB. Dime cuándo, á fin de que en el plazo  
 Que le concedas, fuere largo ó breve,  
 Se pueda preparar, y no peligre  
 De su alma la salud.

ANG. ¡Oh, qué vergüenza!  
 ¡Qué torpe vicio! Con igual derecho  
 Pudiera perdonar á aquel que hubiese  
 Robado al mundo un hombre ya formado,  
 Que remitir la impúdica delicia  
 De los que estampan la celeste imágen  
 En cuños prohibidos. Es tan fácil  
 Quitar aleve una existencia pura,  
 Como sembrar en tierra prohibida

Fatal semilla para darla falsa.

ISAB. Eso será en el cielo, no en la tierra.

ANG. ¡Cómo! ¿Eso afirmas? Pronto he de cogerte.

Di, ¿qué prefieres? ¿que la ley severa  
Ajusticie á tu hermano, ó redimirle  
Entregando tu cuerpo á dulce oprobio,  
Como ella, cuyo honor manchó tu hermano?

ISAB. Tened por cierto, conde, que entregara  
El cuerpo ántes que el alma.

ANG. No hablo de ella.

Siempre entran más en número que en cuenta  
Los crímenes forzados.

ISAB. ¿Cómo, conde?

ANG. No oso abonarlo, es cierto, pues podría

Desmentir lo que digo. Mas responde:

Yo de la ley vigente órgano ahora,  
A Claudio á pena capital sentencio.

¿No hubiera caridad en el pecado  
Que le salvase?

ISAB. Cometedlo, os ruego;

Yo tomo sobre mí todo el peligro:

Delito alguno, caridad seria.

ANG. Pues si eso á costa de tu alma hicieres,  
Pecado y caridad fueran iguales.

ISAB. Si yo, al pedir la vida de mi hermano,

Peco, que el cielo me lo tenga en cuenta;

Si pecas tú á mi súplica cediendo,

Mi rezo matinal será pedirle

Al cielo que lo añada á mis ofensas,

Sin que lo pagues tú.

ANG. No tal; escucha:

No sigue mi argumento tu sentido;

O eres obtusa, ó artera finges serlo;

Lo cual no está bien hecho.

ISAB. Sea simple,

Ni valga para nada; humilde sólo

Sepa reconocer cuán poco valgo.

ANG. Así el talento aspira á ser más vivo

Cuando se humilla más. No de otro modo  
 Pregona en voz más alta veinte veces  
 Negra careta la beldad tapada  
 Que descubierto hechizo. Pero escucha:  
 Para que entiendas bien, seré más claro.  
 Tu hermano ha de morir.

ISAB. Así parece.

ANG. Y su delito es tal, según resulta,  
 Que á tenor de la ley tal pena incurre.

ISAB. Es cierto.

ANG. Admite que no hubiera modo  
 Alguno de salvarle (no lo afirmo,  
 Ni de él ni de otro, póngolo por caso)  
 Sino que tú, su hermana, requerida  
 Por cierto personaje, cuyo influjo  
 Con el juzgado, ó cuyo excelso rango,  
 Fuera parte á librarle de la garra  
 De la ley que sujeta y liga todo;  
 No habiendo ya otro medio de salvarle  
 Sino el de que entregaras los hechizos  
 De tu albo cuerpo á aquel supuesto prócer,  
 O sucumbiera Claudio, di, ¿qué harías?

ISAB. Lo mismo que por mí, por él hiciera;  
 Y es, que si me amagase con la muerte,  
 Cada señal del látigo picante  
 Llevara cual rubí; me desnudara  
 Para la muerte como para el lecho  
 Que hasta enfermar hubiese ansiado, ántes  
 Que someter mi cuerpo á tal deshonra.

ANG. Es fuerza entonces que tu hermano muera.

ISAB. Y fuera lo mejor; sí, más valdria  
 Que de una vez muriese aquel hermano,  
 Y no que se muriera para siempre  
 Su hermana por salvarle.

ANG. ¿No serias  
 Entonces tan cruel cual la sentencia  
 Que tanto has injuriado?

ISAB. No nacieron

Rescate ignominioso y libre indulto  
De un mismo tronco; en nada se parece  
Legítima merced á torpe compra.

ANG. Há poco parecióme que juzgabas  
Despótica la ley, y más que vicio,  
Alegre broma el crimen de tu hermano.

ISAB. Perdóname, señor; tal vez sucede  
Que á fin de conseguir lo que queremos,  
No dice el labio lo que el alma piensa.  
Disculpo en parte el crimen que abomino  
En pró de aquél á quien tan tierna adoro.

ANG. Frágiles somos todos.

ISAB. De otra suerte,  
Muera mi hermano, si es el sólo reo  
Que ha menester de tu flaqueza, conde.

ANG. Pero tambien son frágiles las hembras.

ISAB. Sí tal, como el espejo en que se miran,  
Que así se rompe como rasgos copia.  
¡Las hembras! ¡Válme Dios! Los hombres dañan  
Su propia procreacion, si abusan de ellas.  
Llamadnos, no una vez, diez veces frágil;  
Pues somos blandas como nuestros rostros,  
Y á falsas impresiones susceptibles.

ANG. Lo creo así; y en vista de esta franca  
Declaracion que haceis del propio flaco,  
(Y yo supongo que no fuimos hechos  
Los hombres con tal fuerza que no logren  
Movernos nuestras faltas) seré claro:  
Te cojo la palabra. Sé lo que eres,  
Eso es, mujer: si fueres más, no lo eres.  
Mas si eres hembra (comó bien lo prueba  
Tu cándido exterior) muéstralo ahora;  
Sé frágil, pues, y cede á tu destino.

ISAB. Sólo una lengua tengo, noble conde.  
Ruego que me hables el primer lenguaje.

ANG. En breve, pues; te quiero.

ISAB. Quiso á Julia  
Mi hermano, y dices que por eso muere.

ANG. No morirá, Isabel, si amor me otorgas.

ISAB. Ya sé que tiene tu virtud licencia  
Para mostrarse un poco más liviana  
De lo que es en verdad, y así, sin duda,  
Sondea á los demas.

ANG. Cree, por mi honra,  
Que mis palabras mi intención expresan.

ISAB. ¡Ay! honra escasa para ser creida,  
Y perfida intencion! ¡Oh farsa, farsa!  
Te voy á delatar. ¡Angel, cuidado!  
De Claudio al punto firmame el indulto,  
O he de decir al mundo á voz en grito,  
Quien eres tú.

ANG. ¿Quién te creerá, Isabela?  
Mi nombre immaculado, de mi vida  
La grave austeridad, mi testimonio  
Contrario á ti, mi puesto en el Estado,  
Superarán tu acusacion de suerte  
Que ahogará tu voz tu mismo informe,  
Y exhalarás calumnia. Ya en camino,  
La rienda suelto á mi sensual carrera;  
Tu asenso adapta á mi voraz deseo.  
¡Fuera melindres y rubor prolijo,  
Cuyo desvío es gana! A Claudio compra,  
Tu cuerpo á mis antojos entregando,  
Pues de otra suerte morirá no sólo  
De infame muerte; tu dureza misma  
La alargará con lánguido tormento.  
Contéstame mañana, ó por la ardiente  
Pasion que me domina, en mí tu hermano  
Un déspota hallará.—Di lo que quieras,  
Podrá más mi mentira que tus veras. (Váase.)

ISAB. ¿A quién quejarme? Si contase aquesto,  
¿Quién me creeria? ¡Oh peligrosa boca,  
Tú, que con una sola y misma lengua  
A un tiempo absuelves y condenas cruda;  
Que haces callar la ley á tu capricho,  
Y amoldas la razon, segun tu gusto

Seguirla ó huirla sea! Veré á mi hermano:  
Y aunque pecó instigado por la sangre,  
Guarda en su pecho un alma tan honrada,  
Que si tuviese, no una, cien cabezas  
Que hincar en tajos cien rojos de sangre,  
Las postraría todas una á una,  
Antes que permitir que á tal deshonra  
Postrara el cuerpo su infeliz hermana.  
Viva, pues, casta, y sáciese el tirano:  
Vale mi castidad más que mi hermano.  
Sabrá su pretension; y luego, en calma,  
Rinda á la tierra el cuerpo, al cielo el alma. (Vése.)

---